

**LECCION  
DEL DOS DE MAYO  
DE 1808**

**MMXIX**



# LECCIÓN DEL DOS DE MAYO DE 1.808

ELOGIO DE LOS CAPITANES DON LUIS DAOÍZ Y DON PEDRO  
VELARDE, HÉROES DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA, MUER-  
TOS EN EL SERVICIO SUPREMO A LA PATRIA; RELATADO POR  
EL CAPITÁN DEL ARMA:

DON JORGE COTILLA MESTRE

AÑO



2019

Editado en Segovia, Imprenta de la Academia de Artillería



*“Esta lección del dos de mayo de 2019 fue impartida en el Alcázar de Segovia, por el Capitán Profesor de la Academia de Artillería, Don Jorge Cotilla Mestre, para conmemorar los sucesos ocurridos en Madrid el dos de mayo de 1808.”*





Excelentísimo Señor General de División, Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades, Señores Oficiales, Alféreces Cadetes, Señores Suboficiales, Sargentos Alumnos, Alumnos, Artilleros, Señoras y Señores.





**C**onmemoramos hoy el 211 aniversario de una de las más gloriosas gestas que han pasado a las páginas de la España Contemporánea. Es por ello que, un año más, en esta plaza de la Reina Victoria Eugenia, a los pies del Alcázar, casa solar del Real Colegio de Artillería, volvemos a rendir homenaje a los Capitanes de Artillería Daoíz y Velarde que, junto a los militares y paisanos que participaron en aquella jornada, ya lejana, del 2 de mayo de 1808, derramaron su sangre en defensa de la Patria y al morir se fundieron con esta maravillosa tierra, al amparo de sables y cañones que nunca se rindieron.

Para dar cumplimiento al mandato del Decreto de la Regencia de 7 de julio de 1812, por el que se ordena recordar estos hechos y elogiar a nuestros héroes, como Capitán

más antiguo de la Academia de Artillería, he sido designado para impartir la lección que conmemora tan glorioso día.

Mis palabras son fruto del orgullo de ser español, militar y artillero.

Antes de iniciar el relato de los hechos haré una breve reseña de nuestros héroes:

Don Luis Daoíz y Torres nació en Sevilla el 10 de febrero de 1767, ingresó en el Real Colegio de Artillería de Segovia a la edad de quince años; años más tarde, encuadrado en una batería del Real Regimiento de Artillería participó en la defensa de la ciudad de Ceuta; posteriormente tomó parte en la defensa de Orán, donde por sus méritos fue ascendido al empleo de Teniente. Luchó en El Rosellón, donde fue hecho prisionero por los franceses, regresando a España tras firmarse la Paz de Basilea. Embarcó en la Armada como Oficial de Artillería de los Navíos de Guerra y tomó parte en diversas acciones de lucha naval contra Inglaterra. En el año 1800 ascendió al empleo de Capitán, fue destinado a Sevilla y tras

una breve estancia en este Real Colegio de Artillería de Segovia, en febrero de 1808 se hizo cargo de la tercera compañía y del detall del Parque de Artillería de Monteleón. Fue un hombre de carácter serio, prudente y moderado, ya a sus 15 años en este Real Colegio era conocido como “El anciano”.

Don Pedro Velarde y Santillán nació en Muriedas (Santander) el 25 de octubre de 1779. A los 14 años ingresó en el Real Colegio de Artillería, finalizando sus estudios como número 2 de su promoción. Con el empleo de Subteniente participó en la guerra de las Naranjas contra Portugal. Tras su destino en el 4º Regimiento de Artillería fue ascendido a Capitán, pasando a desempeñar sus servicios como profesor de este Real Colegio de Artillería al ser reclamado por su acreditada formación técnica. En 1806 fue nombrado Secretario de la Junta Superior Económica del Cuerpo de Artillería, por lo que se trasladó a Madrid, permaneciendo en este puesto hasta los sucesos del 2 de mayo. Impetuoso, audaz, de gran prestigio entre sus compañeros, en esa jornada contaba con 28 años.

En aquellos años, Francia era una potencia en expansión enfrentada a Inglaterra. La cultura, la lengua y las corrientes de pensamiento que venían de nuestra nación vecina se habían impuesto con fuerza en España. Carlos IV había dejado el gobierno del país en manos de su esposa, Maria Luisa de Parma, y de su Primer Ministro, Manuel de Godoy.

En octubre de 1807, Napoleón Bonaparte, quien había invadido toda Europa, y Manuel de Godoy firmaron el Tratado de Fontainebleau, mediante el cual se acordaba permitir el paso de las tropas francesas por el territorio español para así invadir Portugal, con el fin de privarle de su comercio con Inglaterra, aislarlo, y posteriormente repartirse el territorio luso entre ambas naciones.

Consecuentemente, fruto de nuestra alianza con Francia, en 1808 lo más selecto de nuestro Ejército se encontraba en América o bien entre Divisiones francesas en Portugal y en Dinamarca, ayudando a realizar los designios de Napoleón y secundan-

do planes que escondían la pérdida de la independencia nacional. La familia Real se hallaba retenida en Bayona, a excepción del Infante D. Francisco de Paula que, junto a su hermana, permanecían en Madrid, y una Junta de Gobierno sometida a las directrices de los representantes del Emperador dirigía España. De esta manera Napoleón, apoyándose en la perfidia, consiguió la progresiva ocupación de puntos estratégicos del territorio nacional.

Ante la evidencia de lo que estaba ocurriendo y a diferencia de otros elementos de la sociedad de la época, que buscaban la amistad con el francés y sus corrientes doctrinales, en las salas de banderas de los cuarteles se forjó una conspiración entre artilleros, cuyo epicentro fueron nuestros dos capitanes, que trazaron un vasto y detallado plan de levantamiento general en toda España, que será conocido después como “La Confabulación de los Artilleros”.

Sin embargo, la traición del ministro de la Guerra O’Farril, a quien Velarde por lealtad dio cuenta para evitar así caer en la in-

subordinación y ejecutarlo de espaldas al gobierno, hizo que se procediera a disponer de inmediato de nuevos cargos y destinos a los Oficiales de Artillería sospechosos de levantamiento, y se permitiera el acantonamiento de tropas francesas en los cuarteles españoles.

Así llegamos a la mañana del dos de mayo de 1808; el General Murat, Jefe del Ejército francés, se dispone a sacar de España al Infante D. Francisco de Paula, hijo de Carlos IV, pretende así allanar el camino al trono de España a José Bonaparte; pero la noticia trasciende, y a la vista de los preparativos, cientos de paisanos se concentran a las puertas del Palacio Real para tratar de impedir la salida del Infante al grito de: “¡Que nos lo llevan!”, e intentan el asalto al palacio.

Ante esta situación, Murat, dispone la presencia de un batallón de Granaderos en la plaza del palacio, los cuales, tras poner en posición varias piezas de artillería y sin previo aviso, empiezan a cañonear a la multitud allí concentrada, a los disparos

de cañón le acompañan descargas de fusilería, provocando escenas de pánico, de caos y de muerte.

Lejos de amedrentarse, la repuesta de los madrileños es la de armarse con palos, cuchillos, navajas y tijeras y la lucha se traslada a las principales calles de Madrid al grito de: “¡Que mueran los franceses!

Las tropas imperiales se movilizan y la desproporción de fuerzas entre el ejército francés y los paisanos se hace evidente. Madrid se cubre de sangre.

El pueblo, ante la necesidad de armarse, se encamina al Parque de Artillería de Monteleón. La situación en el Parque es tensa, la guarnición está formada por dieciséis artilleros al mando del Teniente D. Rafael Arango que aguarda la llegada de Daoíz, Jefe del Parque. Más de un millar de paisanos se agolpan a las puertas pidiendo armas, se oyen disparos por toda la ciudad y apenas pueden contener a la guarnición francesa de 70 hombres alojada en el Parque desde el día anterior.

Velarde, indignado ante la orden de no intervenir dada al ejército por el General Negrete, se dirige al Cuartel de Infantería de Voluntarios del Estado, donde con la excusa de prestar ayuda a la guarnición francesa del Parque, consigue una compañía de 33 fusiles; entre ellos está el Teniente de Infantería D. Jacinto Ruiz Mendoza, héroe también de la jornada. Velarde, a la cabeza de la compañía de fusiles, llega al Parque y con espíritu resuelto y audaz, desarma y encierra a la guarnición francesa.

Daoíz es un oficial disciplinado, tiene órdenes claras de no intervenir, y duda entre obedecer las órdenes superiores o imponer lo que le exige su espíritu y honor.

De un lado, la disciplina, que dictaba sujeción a las órdenes del mando; del otro, su deber como militar y como español, que le impulsaba a la acción; era conocedor que liderar a los paisanos agolpados a las puertas del parque, significaba empeñar a España en una guerra sin cuartel con el ejército más poderoso de la época; y que no



hacerlo, significaba resignarse a una España vencida y sumisa.

Despejadas las dudas y atendiendo a lo más digno de su conciencia y honor, como recogen nuestras Ordenanzas, desenvaina el sable y al grito de: “¡Las armas al pueblo!” resuelve abrir las puertas del Parque y organizar la defensa.

Quiero aquí resaltar el aspecto principal de la lección de hoy:

Los Capitanes Daoíz y Velarde supieron situar correctamente en la escala de valores los conceptos de: Patria, Deber y Disciplina; y es que, ¡alumnos de la Academia de Artillería!, la disciplina es un medio para fortalecer a los ejércitos y no debe de ser un fin. No podemos someter a la consecución de la misma los valores que rigen la Institución Militar, ni tampoco someter a la consecución de la disciplina la misión que a los Ejércitos nos encomienda el pueblo español, al que servimos y del que formamos parte, porque entonces, simplemente, deja de tener sentido.

Continuando con los hechos:

El batallón Westfalia trata de forzar las puertas del Parque pero es rechazado; Daoíz decide adelantar la defensa, y con ayuda de hombres y mujeres del pueblo, dispone varias piezas de artillería fuera de las puertas del Parque; el Westfalia, reforzado ahora por un batallón del 4º Regimiento, intenta otra vez el asalto y es nuevamente rechazado; en esta refriega, el Teniente Ruiz cae gravemente herido y morirá pocos días después. Ante la feroz resistencia a los intentos de tomar el Parque, Murat, da la orden de exterminar a los insurrectos y envía a 2000 hombres al mando del General LaGrange; los ataques se suceden en todas direcciones, sangre, fuego, humo, pólvora y al final... las bayonetas. A las puertas del Parque halla la muerte el Capitán Velarde, cuando una bala atraviesa su corazón, henchido de amor patrio, mientras se bate con el enemigo al mando de un puñado de soldados y paisanos.

El Capitán Daoíz, herido en una pierna y apoyado en la cureña de un cañón, con-

tinúa defendiéndose a sablazos hasta verse rodeado por sus vencedores. El General LaGrange se acerca a Daoíz y le increpa, cuando el general francés le llama desleal, Daoíz, a las puertas de la muerte, aún responde con el sable a la ofensa, antes de ser atravesado a bayonetazos por la escolta del general francés.

Tras el levantamiento popular del 2 de mayo, la represión por parte del ejército francés continuó al día siguiente. Por todo el país se extendieron una ola de indignación y un llamamiento a la insurrección que desembocaron en la Guerra de Independencia Española.

**L**o que para España y para Europa significó el Dos de Mayo podría resumirse en las palabras de Metternich, gran estadista de la época: “Las fuerzas militares de Francia se han reducido a la mitad después de la insurrección de España”. Cinco años después, culminó la expulsión de aquel que había paseado sus águilas victoriosas por toda Europa, y que con en-

gaños, tuvo la imprudencia de menospreciar a los españoles.

Queridos alumnos, somos el nexo entre lo que fuimos como Nación y lo que seremos, pero es a vosotros, fundamentalmente, a quien os corresponde la responsabilidad de nuestro futuro, pero que, desde esta tribuna, me permito deciros, consiste esencialmente en servir a España.

Hoy, desde las aulas de esta Academia de Artillería se busca despertar en todos vosotros aquellos valores, que estoy seguro que ya poseéis, que os van a permitir mañana ser los líderes que nuestro Ejército necesita, para cumplir con absoluta entrega la misión que se os confíe.

No olvidéis que servir a España es también dar ejemplo, servicio más difícil aún si cabe, y que se fundamenta en la práctica constante de los valores militares.

Los que nos han precedido nos marcan el camino hacia estos valores: lealtad, honor, espíritu de sacrificio, disciplina y valor, que

en la paz y en la guerra, debemos seguir todos aquellos que, orgullosos, llevamos las bombetas al cuello.

Sea esta una lección de moral militar y un claro ejemplo de las virtudes del pueblo español, del amor de un pueblo a su independencia, de su raza, de su bravura y de la responsabilidad, liderazgo y valor sereno, característico este último de nuestra Arma, de estos dos artilleros que supieron dar sus vidas en defensa de la Patria.



LAUS DEO

